

DE LA ATENAS SURAMERICANA A LA BOGOTÁ MODERNA. LA CONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA CIUDADANA EN BOGOTÁ

Fabio Zambrano Pantoja*

Resumen

El proceso de modernización de Bogotá fue bastante lento. A razón de su aislamiento, la ciudad estuvo desconectada de las fuerzas modernizadoras que dejaron sentir sus efectos de manera más temprana en otras ciudades latinoamericanas, condición que permitió a la élite tradicional no contar con la competencia de corrientes migratorias de extranjeros que le disputaran su preeminencia social y cultural. Debido a este retraso, la ciudad continuó regida por principios sociales y culturales provenientes de la tradición. Además, la ciudad vivió una profunda crisis económica a finales del siglo XIX, lo cual ocasiona una fuerte perturbación de los símbolos que habían permitido funcionar la diferenciación social. Es por ello que se recurre a fronteras culturales, virtuales, para establecer elementos visibles de jerarquía social: la Atenas Suramericana. Sin embargo, una lenta modernización proveniente de la industrialización, así como de la economía exportadora, dejan sentir sus efectos a la altura de la tercera década del siglo XX. Esto permite iniciar un tímido ingreso de la modernidad, generando una progresiva democratización del paisaje social urbano. Sin embargo, la Atenas Suramericana queda como el mito del paraíso perdido, de la edad de oro desaparecida, cuando todo era mejor, y lo que nos muestra la historia urbana es todo lo contrario: la ciudad ha mejorado constantemente sus condiciones de vida y ha consolidado la construcción de una cultura ciudadana.

El humanista español Menéndez Pelayo en su Antología de la *Poesía Latinoamericana*, escrita en Madrid en 1892, señalaba que "la cultura literaria en Santa Fe de Bogotá, destinada a ser con el tiempo la Atenas de la América del Sur, es tan antigua como la conquista misma"¹. Esta afirmación, hecha por un escritor que nunca conoció la capital ni el país, y que todo su contacto se reducía a los epistolarios sostenidos con algunos eruditos capitalinos, fue recogida por los cronistas de la ciudad, como Pedro María Ibáñez, quien señala que el estatus de Bogotá como ciudad civilizada se remonta a los tiempos de la conquista, condición que atrajo a una migración de españoles cultos, que engrandecieron el proceso civilizatorio y tuvieron hijos distinguidos, quienes en la práctica de sus profesiones fueron dignos representantes de su lugar de procedencia². De esta manera se fue construyendo desde

fines del siglo XIX la imagen de la Bogotá culta, en buena parte creada por su élite intelectual que se veía a sí misma como miembros de una sociedad culta, y que consideraba que Bogotá se encontraba muy por encima de las otras ciudades latinoamericanas.

Esta imagen erudita de la capital se alimentó con el establecimiento de la primera sede de la Academia de la Lengua en América, inaugurada en 1871, en Bogotá, institución que además de apoyar el quehacer gramatical, impulsaba las tertulias que eran vistas como herramientas para "humanizar y civilizar". La publicación oficial de la Academia, la *Revista de Bogotá*, transcribía las actas de sus reuniones, así como otros artículos, donde se recogía la opinión de sus miembros de ejercitar una labor civilizatoria, no solo para la ciudad, sino también para todo el país. A esta institución se le sumó el Salón Ateneo, fundada en 1884, con un propósito similar. Todo esto no hacía sino destacar el hecho de que en la Bogotá de entonces el uso de la lengua se había convertido en un instrumento para distinguir lo que la élite consideraba culto en oposición a lo vulgar³, precisamente en una ciudad donde las fronteras que mostraban la jerarquización social se estaban borrando, a razón de la masiva migración que se sucede en las cuatro últimas décadas del siglo XIX⁴

Desde fines del siglo XIX el buen hablar se asumía como un requisito para aquellos bogotanos que aspiraban a ser considerados como "gente culta y bien nacida", lo cual marcaba un contraste total con el hecho de que se pasaba por un momento de la historia de Bogotá en el que la mayoría de los nacimientos correspondía a los llamados hijos ilegítimos⁵. En esta labor se destaca el libro de Rufino José Cuervo, *Apuntaciones Críticas sobre el Lenguaje Bogotano*, publicado en 1872 y reeditado en 1907, así como los numerosos trabajos de Miguel Antonio Caro. De esta manera se consolidó una tendencia a crear una realidad propia mediante la integración de un contexto cultural más amplio, que instrumentaliza la cultura como una herramienta para dirigir el rumbo de la sociedad bogotana hacia lo que esta élite consideraba como la civilización y con ello dejar atrás lo que se consideraba la barbarie: hablar mal, vestirse mal, comportarse por fuera de las reglas dictadas por los manuales de urbanidad. El triunfo de este

** Profesor titular de la Universidad Nacional y profesor del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

1 Citado por Martha Luda Soto, *La Metrópoli Europea. Haciendo una Nación tipo Latinoamericana*, Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1997, pág. 1.

2 Pedro María Ibáñez, *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, Academia de Historia de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1991.

3 Martha Luda Soto, op. cit., pág. 3

4 Para conocer los efectos urbanos de las migraciones a Bogotá, véase el trabajo de Germán Mejía Pavony, *Los Años del Cambio*, Bogotá, Ceja, 2000.

5 Miguel Ángel Urrego. *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930*, Bogotá, Ariel Historia, pág. 234

modelo se consigna en la presencia de gramáticos en los altos cargos del Estado⁶.

En el fondo se trataba de una respuesta de la *ciudad letrada* al efecto subversivo que se estaba produciendo en la lengua por la incipiente democratización que se iniciaba como resultado de una mayor integración de la ciudad al mercado mundial, gracias a las exportaciones de café y a la aparición de nuevos migrantes que llegaban de la provincia a Bogotá, muchos de ellos con recursos económicos significativos, pero que la alta sociedad bogotana solo los veía como provincianos, sinónimo de incultos⁷. Por ejemplo, cuando a fines del siglo XIX se inaugura la remodelación del parque Santander, se asegura que éste se asemeja a "un rincón del fino París", ya que el gobierno y la gente ha logrado crear un espacio para "el buen gusto dentro de los cuales se catalogan los apropiados juegos para los niños, la música selecta y el respeto y mantenimiento comunitario de los bienes públicos y privados"⁸. Así, la exaltación del progreso respaldado por el proyecto culto permite destacar cómo la idea de culturizar se encontraba por encima de cualquier otra consideración urbanística. De esta manera, el impulso de lo culto por parte de un grupo de eruditos, privilegió la utilización de los medios escritos, las tertulias y el espacio público para establecer su proyecto de sociedad urbana, donde el ejercicio del manejo del idioma era la máxima expresión de civilización.

El contraste no podía ser mayor, pues en ese momento, finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, Bogotá atravesaba por la peor crisis higiénica de toda su historia y la densificación de la ciudad obligaba a ricos y pobres a vivir dentro del mismo espacio urbano, inclusive a compartir las mismas casas, en razón del empobrecimiento general que vivía la ciudad⁹. En esta situación de la ciudad, donde los pocos símbolos de jerarquización social del espacio urbano se habían perdido, la élite recurre al buen hablar, los buenos modales y el manejo de un protocolo social, como fronteras entre lo que ellos consideran la civilización, su cultura, y la barbarie, la del "pueblo bajo" y de los provincianos. Estas

necesidades de distinción, surgidas del desastre urbano que presentaba Bogotá durante este período, se constituyeron en los elementos sobre los cuales se elaboró la nueva urbanidad burguesa en Bogotá que incluía "respeto al orden social, corrección en el vestir, uso del tiempo, noción del comportamiento femenino y masculino, al igual que principios estéticos y morales a partir de los cuales elaborar normas de distinción social"¹⁰. Esta imagen de ciudad culta, era utilizada como frontera de diferenciación social, y con ello se fue configurando la personalidad histórica de la ciudad. Los textos de urbanidad, escritos con una marcada carga pedagógica, fueron de gran importancia para exponer lo que se consideraba como los ideales del comportamiento público, el trato armónico entre las personas y la preservación de los valores tradicionales.

Los buenos modales, el buen gusto, los bailes, las virtudes cristianas, es decir, la práctica de las normas de la civilidad, fueron motivo de una gran difusión en Bogotá. La prensa bogotana se preocupa por difundir la urbanidad¹¹. La civilidad, con sus restricciones y mandamientos, se convirtió en la base para forjar el mito de la Atenas suramericana, en razón de haber exaltado las buenas costumbres y las buenas maneras como las prácticas necesarias para la vida en la ciudad. De esta manera, la condición de ciudad letrada quedaba resuelta con la Academia, el Ateneo, los boletines, las revistas y periódicos, y la conducta social se aseguraba con los manuales de urbanidad, y con todo esto se consideraba que Bogotá podía sentirse como una ciudad culta, donde la persistencia de las costumbres tradicionales le aseguraba la posesión de un patrimonio cultural. A esto se le agregó el consumo de algunos productos foráneos, y con ello esta naciente burguesía se consideraba que se encontraba a la altura de sociedades como la parisina, o cualquier otra.

Cultura ciudadana y modernización

La conservación de la tradición también se deja notar en la literatura. La literatura costumbrista del siglo XIX continúa presente en las primeras décadas del siglo XX, donde, aparte de los cuadros de costumbres, es el tema religioso y el moralizador el que ocupa la atención de los novelistas bogotanos de principios de siglo. Sin embargo, fiel a la tradición radical del siglo anterior, José María Vargas Vila,

6 La relación entre el buen uso del idioma y la política la desarrolla Malcolm Deas en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990.

7 Ángel Rama, *La Ciudad Letrada*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000.

8 Citado por Martha Lucía Soto, op.cit.pág. 5.

9 Sorprende constatar cómo se le atribuye al diplomático argentino Miguel Cané el haber denominado a Bogotá como la Atenas Suramericana. En verdad, este viajero le dedica en sus crónicas tanta atención a las pésimas condiciones de vida que padecía la ciudad, como a las descripciones sobre las tertulias. Véase Miguel Cané, *Notas de Viaje sobre Venezuela y Colombia*. 1882, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1907.

10 Véase Sandra Pedraza, *En cuerpo y Alma. Visiones del progreso y la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.

11 Carlos Ernesto Noguera, Alejandro Álvarez y Jorge Orlando Castro, *La Ciudad como Espado Educativo*, Bogotá, Arango Editores, 2000.

irrumpe con su obra disonante de denuncia disidente. También cabe destacar el ensayo fallido de novela urbana, *Pax*, 1907, de Lorenzo Marroquín y J. M. Rivas, que se queda en cuadros dispersos y en cierto intento de crítica a la naciente burguesía. Fuera de estas excepciones, la producción literaria bogotana de comienzos del siglo continúa como heredera del pasado colonial, guardián de la tradición, en concordancia con el espíritu de la Atenas suramericana. Aquí no están presentes poetas como el payanes Guillermo Valencia o como el cartagenero Luis Carlos López, ni novelistas adelantados como el antioqueño Tomás Carrasquilla y José Asunción Silva, único bogotano cuya producción literaria trascendió, y que murió sin que sus vecinos hayan apreciado su poesía¹².

De renombre en las letras de la capital ha sido la llamada Generación del Centenario, que aparece en 1910, cuando se conmemora el primer centenario de la independencia. En algún momento se reunió bajo esta clasificación a un grupo muy poco homogéneo, cuyos miembros nunca estuvieron unidos, entre quienes se encontraban educadores y periodistas. Entre sus miembros más destacados figuran: Agustín Nieto Caballero, Armando Solano, Enrique Olaya, Silvio Villegas, Luis Cano, Eduardo Castillo. De ellos no salió ningún rompimiento con la agobiante tradición, si bien mantenían un claro ideal de paz y habían renunciado al romanticismo, condiciones que predisponen al progreso. Al mismo tiempo, la clase alta iniciaba la práctica de deportes, novedad que se realizaba en los naciotes clubes, que con nombres en inglés, se constituían en los nuevos espacios de sociabilidad burguesa. La copia de las costumbres europeas se extendía a la asistencia al Teatro Colón, donde se presentaban compañías operáticas de segundo orden, que se quedaban varios meses en la capital repitiendo las funciones. El cine mudo comenzaba a atraer al público, pero ninguno de estos cambios había logrado transformar lo que se denomina la cultura popular, inmersa aún en las costumbres decimonónicas. Las chicherías continuaban siendo los espacios de sociabilidad popular por excelencia, y las diversiones se encontraban en el tejo, el turmequé, los bolos, la taba y los paseos, que se realizaban en ocasiones especiales¹³. Era otra concepción del espacio público, y otras formas de sociabilidad, muy distantes de aquellas de las que presumía la Atenas suramericana.

12 Luz Mary Giraldo, *Ciudades Escritas*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2001.

13 Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*. T III, Bogotá,

A su vez el uso de prendas de vestir continuaba siendo un elemento fundamental en la jerarquización social. Verdaderos símbolos de distinción cultural, el uso del vestido se constituía en un uniforme social que permitía clasificar al portador a la clase a que pertenecía. Así, en las primeras décadas del siglo XX la moda femenina en la clase alta exigía las medias de seda, el calzado de charol, encajes, cabello largo, trajes hasta el tobillo, y falda con miriñaque. Los hombres usaban traje de paño negro, levita con cubilete por sombrero. Los muchachos usaban el pantalón corto hasta bien entrada la adolescencia. Entre los pobres, las mujeres portaban un pañolón y sombrero, y los hombres ruana y sombrero, y todos usaban las alpargatas, aunque no todos los días.

La educación se encontraba en manos de la iglesia católica, desde la Regeneración. La Ley 39. de 1903 ordenaba que "la instrucción pública en Colombia será organizada y dirigida en concordancia con la religión católica". Así, la comunidad de La Salle controlaba el colegio de La Salle, la Escuela Central de Artes y Oficios, la Escuela Normal Central, la Escuela de San Victorino, la Escuela de San Vicente de Paúl, la Escuela de San Bernardo y la Escuela de Canto de la Catedral. Además de los Salesianos y los Jesuitas, entre otras órdenes religiosas, mantenían el monopolio de la educación, en un sistema que se basaba en la moral cristiana y rechazaba la ética ciudadana. Sin embargo, el analfabetismo era la nota predominante en Bogotá y la mujer no existía como sujeto educable ante la ley. Este panorama empieza a cambiar en los años veinte y treinta, además de esfuerzos como las escuelas nocturnas. Aunque desde 1907 ya funcionaba el Instituto de Artesanos, que impartía educación nocturna, en los barrios de Las Aguas, San Victorino, Las Nieves y Egipto¹⁴.

Con los cambios de los años veinte la ciudad inicia la transformación de la cultura urbana, y con ello inicia el surgimiento de un nuevo espacio público. La modernización de las comunicaciones, con la radio, el cine, el avión, las transmisiones inalámbricas, el automóvil, el tren, todos estos elementos que confirman que la ciudad es un dispositivo para la comunicación. Así mismo, el rostro de la ciudad experimenta profundos cambios, y por primera vez se construyen edificios más altos que la Catedral, los bancos, nuevo símbolo de progreso. De la influencia arquitectónica francesa se pasa a la de la Escuela de Chicago y al Art Decó neoyorquino, y los arquitectos italianos y franceses son sustituidos por norteamericanos, quienes construyen nuevos edificios, viviendas, acueductos, alcantarillados, mataderos,

14 Miguel Ángel Urrego, op. cit., pág. 324.

escuelas, hospitales y plazas de mercado. Al mismo tiempo, en las artes los cambios se dejan sentir. Al final de los veinte surgen los Bachué, así como pintores como Garay y Acevedo Bernal, entre otros, inician el abandono del academicismo de fin del siglo XIX. Algo similar sucede con la escultura. En la novela irrumpen los conflictos sociales y la lucha de clases, a la par con el surgimiento del sindicalismo y el socialismo en la ciudad. Se destaca José Antonio Lizarazo, de familia artesana y nacido en cercanías del Panóptico, que introdujo en sus escritos a la clase baja bogotana. En la novela *Casa de Vecindad*, 1930, relata la sordidez de la vida bogotana de ese entonces. Así, el mundo del paisaje y el costumbrismo, que predominaron en la literatura bogotana de finales del siglo XIX y principios del XX, por fin es reemplazado por el mundo del individuo aislado habitante de la ciudad. Esto se consigna en la poesía de Luis Vidales, con su poema *Suenan Timbres*, quien rompe a mediados de los veinte con sus versos los moldes intocables del clasicismo que reinaba hasta entonces. León de Greiff, llega a la ciudad en los veinte, cuando inicia la difusión de su poesía. Algo similar sucede en el teatro, donde también se impulsa el abandono del sueño costumbrista decimonónico, y nuevos géneros melodramáticos y sentimentales, cultivados por Luis Enrique Osorio y Antonio Álvarez Lleras, hacen su aparición. En la vida cotidiana la llegada de la radio y la popularización del cine significaron cambios radicales. La cultura moderna proveniente de los Estados Unidos entra con fuerza en la ciudad, y los ritmos musicales como el *fox trot*, el *rag time*, el *tango* se convierten en aires de moda en sustitución de los valses, mazurcas y polkas. En esto juega un papel destacado el cine, ya para entonces bastante popularizado, que estaba acompañado de orquestas¹⁵.

Espacios públicos y tiempo libre

La progresiva modernización que tímidamente comenzaba a experimentar la ciudad, fue introduciendo la práctica de los deportes y con ello se generó la necesidad de nuevos espacios de sociabilidad distintos a las plazas y parques. Así, desde 1890 se inició la práctica del polo, el tenis y el fútbol, los cuales estaban inicialmente limitados a las élites capitalinas que los importaban de sus viajes a Europa. Esto motivó la apertura en 1893 del primer almacén de artículos deportivos de la ciudad donde se vendían juegos de mesa e

implementos deportivos; posteriormente el comerciante Ernesto Duperly importa las primeras bicicletas. El siglo se cierra con la fundación en 1897 del primer club deportivo de Bogotá: el Polo Club, destinado a la práctica del llamado "deporte de los reyes", el polo.

Los clubes fundados en la ciudad fueron en sus inicios, lugares exclusivos de los hombres. Estos clubes sociales, establecidos en amplias casonas ubicadas en el centro histórico, eran lugares para conversar, jugar o leer prensa nacional y extranjera. En 1882 se funda el Gun Club, en el tercer piso de las galerías Arrubla. En 1894 se funda el Jockey Club, lugar del juego de póquer y tresillo y de contactos políticos. En sus primeros años, la práctica de los deportes aparece asociado a la institución del Club. En 1905 hay partidos de polo y cricket en el hipódromo de La Magdalena. A principios de siglo comenzó a funcionar el Club La Macarena, encargado de introducir el golf, en un potrero situado en la carrera 13 con calle 37. En Bogotá el Club de Polo fue el primer impulsador del fútbol, cuando, en 1910, se formaron los primeros equipos conformados por miembros del club¹⁶.

En la década del veinte se presencia un incremento de las prácticas deportivas, aún asociadas a los clubes y que por lo tanto se constituían en un reflejo de las jerarquías sociales. El Polo Club, el América Sport Club, el Tequendama, el Country Club, el Magdalena Sport Club, todos los fines de semana o la temporada de vacaciones fomentan la realización de torneos de polo, tenis, golf y fútbol. Por estos mismos años hay carreras de caballos auspiciadas por los socios del Jockey Club en el hipódromo La Magdalena construido en 1892, y hace su aparición el boxeo en la ciudad. Los aficionados fundan el Boxing Club y aparece el primer boxeador de la ciudad: Rafael Tanco, que, convertido en ídolo, realiza peleas con boxeadores nacionales o extranjeros tanto en el Salón Olimpia como en el Parque de Luna Park al sur de la ciudad. Desde 1929 los periódicos *El Espectador* y *El Tiempo* promueven pruebas de ciclismo.

Los primeros esfuerzos de socialización del deporte se inician con la Ley 80 de 1925 por medio de la cual se creó la Comisión Nacional de Educación Física en el Ministerio de Instrucción Pública. Este organismo tenía el encargo de organizar concursos de atletismo, promover la construcción de plazas deportivas, crear asociaciones de cultura física, preparar publicaciones y conferencias sobre la importancia de los deportes para la salud, la inteligencia y la moral, y

15 Alejandro Álvarez, "La irrupción de los medios" en *La Ciudad como espacio educativo*, pág.85.

16 Fundación Misión Colombia, op. cit.

elaborar un plan racional de educación física para la enseñanza y la lucha contra las causas del deterioro físico de la infancia y la juventud. En 1927 se realizaron los primeros Juegos Deportivos Nacionales en Bogotá con el patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública y Salubridad Pública. Si bien llegaron pocas delegaciones y se limitaron a unos cuantos partidos de fútbol y a algunas pruebas atléticas celebradas en el estadio del Instituto de la Salle, hay que registrar este hecho como el primer esfuerzo por emplear el deporte como instrumento de integración nacional¹⁷.

El aparato educativo cumplió un papel de gran importancia en la popularización de las prácticas deportivas. Por otra parte, la inversión pública en infraestructura permite la generación de espacios en donde la gente podía llegar a hacer el deporte. Con la creación del Parque Nacional en 1934 se construyen canchas de tenis, baloncesto, patinaje, pistas, gimnasios, camerinos, y servicios sanitarios con el fin de promover la recreación de la gente. En 1935 se crea el Comité Municipal de Deportes de Bogotá con el fin de desarrollar el deporte, en especial el fútbol. Por decisión del Concejo de Bogotá para celebrar en 1938 el IV Centenario de fundación de la ciudad se dispone del Acuerdo 12 de 1935 para construir un estadio en la ciudad. Luego Luis Camacho Matiz cedió 43 fanegadas de los terrenos que formaban parte de su antigua hacienda El Campín, en el entonces barrio San Luis. Este estadio sería el primero de la ciudad para realizar torneos de fútbol, el cual se empieza a construir en 1936 y se inaugura en 1938. Junto a El Campín en 1937 se realiza el Estadio Alfonso López en la moderna sede de la Universidad Nacional¹⁸.

El primer deporte que se populariza es el fútbol, lo cual sucede en los años treinta. Con la construcción de escenarios deportivos públicos y la introducción en la enseñanza de la práctica de deportes, se consolidó este proceso, el cual se reforzó con la dotación en los barrios obreros de canchas deportivas. En Bogotá, por ejemplo, en 1934 se inauguró una cancha en el barrio Tejada y en 1942 se construyeron 2 gimnasios obreros para fomentar el espíritu deportivo y mejorar la condición física de los trabajadores.

Se acelera la democratización de la ciudad

Los cambios económicos de las décadas anteriores, así como la urbanización constante, el fortalecimiento del Estado y la

progresiva industrialización, generaron diversos cambios en la ciudad, siendo uno de ellos el surgimiento de una clase media bogotana. Así mismo, surge una actitud nueva hacia la ciencia, a la que el Estado empieza a tomar en cuenta en la tarea de gobernar. Una ley de 1928 había designado como "cuerpos consultores" del gobierno a varias asociaciones científicas ya establecidas en medicina, geografía y las ingenierías. Otra ley hizo lo mismo para la recién creada Academia Nacional de Ciencias. La concentración de la Universidad Nacional en un *campus* moderno y especialmente diseñado para ella, fue una medida de gran significación para la consolidación de la academia moderna. De esta manera, las sociedades científicas se consolidaron en Bogotá y sus publicaciones contribuyeron a abandonar el lastre religioso. La respuesta de la tradición se simboliza con la fundación de la Universidad Javeriana en 1931.

Los cambios también se dejan notar en las artes plásticas. A tono con los nuevos discursos políticos, la pintura y la escultura dejan notar cierta influencia nacionalista. Algo de ello aparece en la pintura de Luis Alberto Acuña, Ignacio Gómez Jaramillo y del joven Gonzalo Ariza. En la escultura, Rómulo Rojo, junto con otros escultores como José Domingo Rodríguez y el español Ramón Barba, conforman el grupo Los Bachué, quienes dan la espalda a Europa y buscan inspiración en el muralismo mexicano para volcarse a la cultura autóctona y registran una tendencia indigenista y testimonios de los problemas sociales. En la novela se consolida el registro del fenómeno urbano y el espíritu burgués, así como el relato fantástico. Novela urbana como *Abismos, ensayo biológico social*, 1931, y *Mujer y sombras*, 1937, de Luis Carrasquilla; *Jenny*, 1932, de Luis Alberto Castellanos; *Las dos joyas*, 1940, de Hernando Gutiérrez; *Los del medio*, 1938, de Augusto Morales Pino; *Hombres sin presente*, 1938, de J. A. Osorio Lizarazo. En ellas se registra las nuevas realidades urbanas, como el surgimiento de la clase media y la presencia de los empleados públicos. En la poesía se destaca Eduardo Carranza, quien se acerca al pueblo y poetiza las formas populares del lenguaje¹⁹.

De la misma manera, en la vida cotidiana los cambios en esta década son profundos. El nacionalismo, como exaltación de valores propios, unidos al reformismo democratizante de los gobiernos liberales, van a influenciar

17 Santiago Londoño, *Vida diaria en las ciudades colombianas. Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta, 1989.

18 *Investigación Historiografía de los Parques Nacional, Tunal y Simón Bolívar*, Bogotá, Cifa, Universidad de los Andes, IDCT, 2000.

19 Catálogo de la Exposición Permanente Bogotá siglo XX, Museo de Desarrollo Urbano, Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá, IDCT, 2000

notoriamente los cambios en la ciudad. Aparece en el Estado una clara actitud de democratización de la cultura. Los gobiernos liberales buscan la laicización de la educación y su democratización, intentando borrar la distinción entre escuelas rurales y urbanas, y dando a la mujer la posibilidad de acceder al bachillerato y a la universidad. Así, en 1935 el gobierno no renovó el contrato con los hermanos de La Salle para la dirección de las escuelas normales. El Congreso Nacional de Educadores, de 1934, preconizaba el desarrollo de una escuela profundamente colombiana, adaptada a las características del país, fundada en la cultura popular. Los políticos, como Jorge Eliécer Gaitán, inician campañas de culturización de las costumbres. Desde la Alcaldía legisla sobre el cambio de alpargates por zapatos entre los obreros del municipio. Establece el uso de delantales y gorros para las marchantas del mercado. Intenta uniformar los choferes públicos de la capital, medida que genera una fuerte protesta y una huelga que se convierte en el motivo evidente para provocar la caída de Gaitán de la Alcaldía. Para entonces ya había establecido las conferencias semanales conocidas como los Viernes Culturales. Además, la industrialización y los nuevos métodos de comercio, en especial la venta a crédito introducida por los llamados polacos, inmigrantes judíos, así como los *turcos*, palestinos y libaneses, con la venta de telas y ropas puerta a puerta, contribuyeron a cambiar la vestimenta en Bogotá, y con ello se inicia la democratización del paisaje social urbano, puesto que el vestido comienza a dejar de ser un uniforme de la distinción social²⁰. Pero es la radio el protagonista fundamental de la difusión de nuevas corrientes musicales. La Voz de Colombia, 1930, y la Voz de la Víctor, 1933, se convierten en los vehículos de difusión de ritmos caribeños, así como el bolero y las rancheras mexicanas. Junto con el cine sonoro llegó la invasión del cine mexicano y argentino, que consolidó la implantación de la ranchera en el público bogotano, en razón de las temáticas rurales o del migrante rural que llegaba a la ciudad, y a la condición de no necesitar leer subtítulos, lo cual facilitó que el público bogotano, altamente analfabeto, comprendiera las películas. Este nuevo ambiente cultural genera cambios en la moda, como el uso en las mujeres de la clase alta de las pieles, los zorros plateados, los sombreros con malla para cubrir el rostro, así como también la difusión del uso del calzado y el sombrero de fieltro, que reemplaza al de paja, se convierte en el uniforme masculino. Un elemento simbólico de todos estos cambios fue la inauguración del

servicio de *Taxis Rojos*, en 1935, del empresario Leonidas Lara, que los bogotanos podían solicitar por teléfono²¹.

La ciudad cambia de rostro

La progresiva industrialización, así como la profesionalización de la arquitectura, aceleró la transformación de la ciudad con la introducción de nuevos materiales de construcción tales como el hierro, el acero, el vidrio, el concreto reforzado. El uso del ladrillo a la vista y la popularización del vidrio caracterizan esta época. Así mismo el modelo de edificio público norteamericano hace presencia con los edificios Murillo Toro, llamados el Palacio de las Comunicaciones, y el Palacio de los Ministerios. La demolición de la joya colonial, el Convento de Santo Domingo, para darle paso al primero, refleja las polémicas entre tradición y modernidad que se daban en Bogotá en esos años. El Claustro de San Agustín también sufrió una mutilación.

Estas discusiones entre lo tradicional y lo moderno también se extienden a la pintura. En 1940 se abre el salón de Artistas Nacionales, y con él se muestra las primeras pinturas abstractas. Los maestros de pintura que van a reinar en la ciudad en la segunda mitad del siglo XX, hacen su aparición en esos años. En una aproximación al arte moderno, Alejandro Obregón hace su primera exposición en 1944. Pero la reacción no se hizo esperar: en 1942 el cuadro de Carlos Correa que ganó el Salón Nacional fue vetado por la jerarquía de la iglesia católica por representar la anunciación con una virgen desnuda. Hace su aparición la escultura de los maestros Negret, Ramírez Villamizar y Arenas Betancur, quienes la hacen plenamente contemporánea. En la poesía, los Piedracielistas, con Carranza como su máximo exponente, y el grupo Cántico, o los Cuadernícolas, continúan la renovación de este género. Luego, Aurelio Arturo va a introducir una poesía, la de la soledad, y anuncia el camino a los poetas de la segunda mitad del XX. En la academia, la Escuela Normal Superior (1937-1944) consolidó la reflexión científica sistemática, gracias a una nómina destacada de profesores extranjeros (alemanes, franceses y españoles) quienes impulsaron la enseñanza y la investigación en antropología, sociología, geografía e historia, de gran importancia para entender el desarrollo de estas disciplinas, en la ciudad y en el país.

Es entonces cuando en la vida cotidiana bogotana el bolero inicia su reinado. Cantantes como Agustín Lara, Libertad Lamarque; Leo Maríni, María Luisa Landín y el colombiano Ortiz Tirado, son los ídolos de este género, que compite con el tango y la música caribeña que está entrando con fuerza

21 Catálogo Exposición permanente Bogotá siglo XX.

para entonces. La música procedente de Cuba, así como la proveniente de la costa norte, hacen su arribo con fuerza, y las composiciones de José Barrios y la orquesta de Lucho Bermúdez con su Orquesta Caribe se toman a Bogotá con los porros y la cumbia. La emisora Nueva Granada populariza los espectáculos musicales en vivo, con artistas invitados como Pedro Vargas y Libertad Lamarque. La Voz de la Víctor transmitía La Hora Costeña, donde reinaba Lucho Bermúdez. La sintonía de estos programas competía con el periodismo político. La Radio Nacional continuaba con su labor pedagógica de difusión de la música culta. Cabe anotar que la popularización de la música costeña estuvo asociada a la popularidad del fútbol puesto que los himnos de los equipos profesionales fueron adoptados por sus hinchas (por ejemplo, Pachito Eche, del Independiente Santafé)²².

Así mismo, al igual que el resto del mundo, a comienzos de los cuarenta se introdujo la Coca-cola al mercado local. Camiones de reparto visitaban los colegios y repartían gratis la bebida. Rápidamente esta marca se puso de moda en las fiestas de la juventud, ya los muchachos se les llamó "cocacolos", sucesores de los glaxos y los filipichines de antaño.

En el vestido, los colores claros, pasteles, comenzaban a competir con el inefable negro que había dominado el paisaje de las calles bogotanas desde la colonia. Además, las medias de nylon reemplazaron a las de seda luego de la segunda guerra mundial. De esta manera continuaba la popularización de algunas modas que hasta entonces eran prerrogativas de la clase alta bogotana. La posguerra significó un período de grandes cambios para la ciudad. Una mayor integración vial estuvo acompañada de la apertura de grandes almacenes como el Ley y Sears.

En las manifestaciones culturales, se destaca la escultura de los maestros Negret y Ramírez Villamizar, quienes inician un recorrido expresivo por las formas geométricas. La pintura mantiene la expresión abstracta, pero también se utiliza el figurativismo, con Fernando Botero y Alejandro Obregón. En la literatura, los relatos de la Violencia (que azotaba al país) como *La Mala Hora* y *La Hojarasca*, de Gabriel García Márquez. Además surge el Nadaísmo, movimiento iconoclasta originado en Antioquia. En poesía se destacan Jorge Gaitán Durán, y Eduardo Cote Lamus, vinculados a la revista Mito, publicación de gran influencia en el desarrollo cultural de la capital²³.

22 Carlos Uribe Celis, *La Mentalidad del Colombiano*, Bogotá, Ediciones Alborada, 1992, pág. 73.

23 Luz Mary Giraldo, op. cit.

En la vida cotidiana la ciudad muestra un mayor cosmopolitismo. Los nuevos ritmos musicales como el rock-and-roll se popularizaron gracias a los nuevos programas radiales. Pero de nuevo es el cine el responsable de introducir nuevas modas y nuevos comportamientos en la ciudad. El cine a color llega con fuerza, y si bien las películas norteamericanas inundan los teatros, artista mexicanos como Cantinflas continúan siendo los favoritos del público. La moda de los años cincuenta muestra una total descomplicación: las muchachas lucen falda corta, a media pierna, los zapatos de cordón y en combinaciones de color blanco y azul o rojo; los muchachos usaban el zapato mocasín y el pelo engominado. En la música, el bolero continuaba su reinado junto con las rancheras, con artistas como Javier Solís y Pedro Infante. La televisión, inaugurada el 13 de junio de 1954, inició una serie de programas de gran recordación. El noticiero *El Mundo al Vuelo*, la comedia *Yo y Tu*, programas humorísticos con el grupo de Los *Tolimenses*, programas infantiles como *El Tío Alejandro*, además de las transmisiones de lucha libre y de carreras de caballos, se constituyeron en los programas de mayor audiencia, junto con otros programas extranjeros.

Son los medios de comunicación de masas los encargados de democratizar el gusto y la moda en los diferentes espacios públicos de la ciudad. De ser claramente símbolos de jerarquización social el vestido, el transporte, la comida, la música, la forma de hablar, poco a poco dejan de ser fronteras entre las clases sociales, y el paisaje social urbano comienza a asemejarse progresivamente. Si a comienzos del siglo usar alpargatas y ruana se constituía en un uniforme que matriculaba inmediatamente a su poseedor como miembro de la clase popular (o guache, como despectivamente se le denominaba), el usar vestido a la europea se convertía en el uniforme de cachaco, miembro de la clase alta. Desde la posguerra estas fronteras visibles comienzan a desaparecer, y a ser sustituidas por otras más sutiles pero mucho más fuertes. De la misma manera la comida inicia una democratización profunda, puesto que algunos alimentos extranjeros, como la pizza, la hamburguesa y el perro caliente, pasan de ser comidas exclusivas de la clase alta a convertirse rápidamente en artículos que se encuentran en toda la ciudad. Si el bluyín identificaba a los cocacolos de los años cincuenta, hoy se ha convertido en la prenda de vestir que se encuentra usada por miembros de todas las clases sociales, hombres y mujeres. La música dejó de ser patrimonio de un grupo social específico, como sucede con el rock y la salsa, cuyo disfrute se realiza en todos los sitios de diversión, independiente del estrato social. Algo similar ha

sucedido con las comunicaciones, puesto que hasta hace una década la televisión por satélite estaba limitada a los estratos altos de la ciudad, mientras que el siglo concluye con la popularización de las parabólicas comunitarias que permiten sintonizar diversos canales internacionales.

La ciudad se democratiza en sus formas y las fronteras visibles que la dividen van desapareciendo, al tiempo que se construyen otras, muy diferentes a aquellas que existían a comienzos del siglo (el hablar bien, los buenos modales y el vestido). Al menos, el carácter de la ciudad de servir de espacio de representación del poder, condición que acompaña a la ciudad en toda su historia, pasó de manifestarse como un escenario de diferenciación social (como lo era a finales del siglo XIX) para convertirse ahora en un espacio de representación de la nueva realidad política: la igualdad, representada, entre otros elementos, por el libre acceso al espacio público y a la homogenización del paisaje social urbano.

Bibliografía

Alcaldía Mayor de Bogotá, *Catálogo de la Exposición Permanente Bogotá sigloXX*, Museo de Desarrollo Urbano, Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá, IDCT, 2000.

Cané, Miguel, *Notas de Viaje sobre Venezuela y Colombia*. 1882, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1907.

Deas, Malcolm, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990.

Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, T.III, Bogotá, Villegas Editores, 1988.

Giraldo, Luz Mary, *Ciudades Escritas*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2001.

Ibáñez, Pedro María, *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, Academia de Historia de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1991.

Londoño, Santiago, *Vida diaria en las ciudades colombianas. Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta, 1989.

Mejía Pavony, Germán, *Los Años del Cambio*, Bogotá, Ceja, 2000.

Noguera, Carlos Ernesto; Álvarez, Alejandro y Castro, Jorge Orlando, *La Ciudad como Espacio Educativo*, Bogotá, Arango Editores, 2000.

Pedraza, Sandra *En cuerpo y Alma. Visiones del progreso y la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.

Rama, Ángel, *La Ciudad Letrada*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000.

Soto, Martha Luda, *La Metrópoli Europea. Haciendo una Nación tipo Latinoamericana*, Tesis de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, 1997.

Universidad de los Andes, *Investigación Historiográfica de los Parques Nacional, Tunaly Simón Bolívar*, Bogotá, Cifa, Universidad de los Andes, IDCT, 2000.

UribeCelis, Carlos, *La Mentalidad del Colombiano*, Bogotá, Ediciones Alborada, 1992

Urrego Miguel Ángel, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá. 1880-1930*, Bogotá, Ariel Historia.